

# Riesgo y (des)orden territorial en México: Cancún y *Wilma*

ELIZABETH MANSILLA

México es un país complejo por su geografía, por su historia y por su estilo de desarrollo. En cerca de 2 millones de km<sup>2</sup> se combinan una gran diversidad de climas y condiciones geográficas que sustentan la riqueza natural del país, pero también su predisposición a una serie de fenómenos peligrosos que pueden desencadenar desastres de magnitud considerable. Sismos, huracanes y lluvias torrenciales, actividad volcánica, temperaturas extremas y variaciones climáticas importantes -con sus consiguientes efectos derivados- son fenómenos recurrentes que a lo largo de las últimas décadas han protagonizado desastres de gran magnitud en distintas regiones del país. Los terremotos de 1985, los huracanes *Gilberto* en 1988 y *Paulina* en 1997, los efectos provocados por el fenómeno *El Niño* en 1997-98 y los recientes huracanes *Stan* y *Wilma* que arrasaron el Caribe mexicano y gran cantidad de poblaciones pobres en el sureste del país, son algunos de los más emblemáticos por la extensión del daño y la magnitud del impacto. A estos fenómenos de origen o manifestación natural se suman otros asociados con factores tecnológicos que también se han traducido en grandes desastres. Las explosiones en una planta de gas en San Juan Ixhuatepec en 1984, y las producidas por una fuga de gasolina en 13 kilómetros de la red de drenaje de la ciudad de Guadalajara en 1992, son los ejemplos más significativos.

La ocurrencia de desastres en el país responde a patrones de riesgo caracterizados por aspectos geográficos complejos, pero fundamentalmente por estilos inadecuados de apropiación del territorio. Durante el siglo XX, la población mexicana se incrementó en poco más de seis veces hasta alcanzar 100 millones de personas, convirtiendo al país en la undécima nación más poblada del mundo. Sin embargo, la distribución de la población en el territorio no ha sido homogénea, prevaleciendo severos desequilibrios entre entidades federativas o estados: el 50 por ciento se localiza en solo siete de las 32 entidades federativas, el 60 por ciento habita en centros urbanos y aproximadamente el 20 por ciento lo hace en la ciudad de México.

Como en otros países, en México los patrones de

distribución poblacional han estado dominados por los procesos de crecimiento económico y la generación de empleos. El proceso de urbanización es relativamente reciente, ya que aun cuando se inicia a partir de la década de los cuarenta -con el impulso del proceso de industrialización generado por el modelo de sustitución de importaciones-, es hasta los años setenta que adquiere una dinámica mucho más acelerada; primero, con el impulso generado por el proceso de industrialización y, después, por el surgimiento de importantes polos turísticos.

La velocidad del proceso de urbanización rebasó la capacidad gubernamental de planeación, de atención y de administración del crecimiento de las ciudades; y ante la ausencia de políticas compensatorias propició que las desigualdades regionales y locales en materia de producción, población y marginación se reprodujeran y se acentuaran. Así, el territorio quedó conformado por muy pocos núcleos económicos importantes densamente poblados y una gran cantidad de centros dispersos y desarticulados de los sectores económicos estratégicos.

La ciudad de Cancún, su conformación y estilo de crecimiento, de alguna manera sintetizan los efectos nocivos de la urbanización caótica que ha caracterizado al país, particularmente en las últimas tres décadas. De ser un pueblo costero sin ninguna importancia a principios de los años setenta, se transformó en muy pocos años en el centro turístico más importante del país y en uno de los más promovidos mundialmente. Proyecto de gobierno del entonces presidente Echeverría (1970-1976) y objeto del deseo de administraciones posteriores, motivó millonarias inversiones que se concentraron en la franja costera -de aproximadamente 26 km- donde se desarrolla la zona hotelera y comercial. Hoy se cuenta con casi 28.000 habitaciones, distribuidas en 96 hoteles registrados, y existen proyectos para ampliar su capacidad en poco más de 24.000 adicionales.

Desde otra perspectiva, Cancún se convierte también en la *tierra prometida* de muchos mexicanos y extranjeros que desplazados de otras zonas del país, donde la crisis económica es mucho más cruda y palpable, sucumben ante el encanto de la derrama de recursos económicos generada por el *gran turismo* y *5 estrellas* y deciden aventurarse apostando su patrimonio al establecimiento de pequeños restaurantes y comercios en la

Elizabeth Mansilla, planificadora urbana y economista mexicana, es investigadora y consultora integrante de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina ([www.desenredando.org](http://www.desenredando.org)).

zona. Esto trae consigo un crecimiento exorbitante de la ciudad (su población se multiplicó cinco veces en 20 años, pasando de 80.981 habitantes en 1980 a 419.815 en 2000) y una presión muy considerable sobre el territorio y los recursos naturales locales, a lo que se suma la presencia de una población fluctuante de poco más de tres millones de turistas al año y los efectos producidos por la desigualdad y la poca previsión en la orientación de las inversiones.

En la actualidad, la zona turística de Cancún produce el 20,8 por ciento de las divisas totales que se obtienen a nivel nacional, el 40 por ciento de las divisas por turismo, recibe al 38 por ciento del turismo internacional y genera alrededor de \$15 millones diarios, lo que resulta muy importante si se considera que el turismo es la tercera fuente de ingresos del país. Sin embargo, las disparidades en el desarrollo dentro de la misma zona y el impacto ambiental que esto ha producido son notables: mientras que en la zona hotelera la cobertura de los servicios de abastecimiento de agua y drenaje alcanza el 100 por ciento, en el centro de la ciudad y las zonas periféricas el abastecimiento de agua potable apenas llega al 74 por ciento y el drenaje apenas alcanza al 35 por ciento. Por otra parte, la ciudad en su totalidad -incluida la zona hotelera- carece de un sistema de drenaje pluvial adecuado, provocándose inundaciones y el arrastre por las lluvias al sistema lagunar de la zona de

una gran cantidad de contaminantes. Asimismo, más del 50 por ciento del manglar se ha perdido a causa de la anarquía y el deficiente manejo de la Zona Federal Marítimo Terrestre por parte de autoridades y concesionarios, lo que ha propiciado rellenos en humedales, sedimentación y cambios en las condiciones físico-químicas del agua, a lo que se suma que grandes hoteles de 700 y más habitaciones se encuentran construidos directamente sobre la playa frente a mar abierto y en zona franca de impacto de huracanes y tormentas tropicales.

Mezcla fatal: concentración de la población + desigualdad social + urbanización caótica + degradación ambiental + amenazas naturales y no tan naturales. Resultado: un cóctel mucho más peligroso que las exóticas piñas coladas, icono del Caribe.

Dos eventos desastrosos -sin contar la cumbre de la

Organización Mundial del Comercio realizada en septiembre de 2003- han marcado la historia de este centro turístico: el huracán *Gilberto* en 1988 y uno nuevo y más destructivo: *Wilma*, en 2005. Gilberto puso en evidencia la alta vulnerabilidad de la ciudad frente a éste y otro tipo de fenómenos: de categoría 5 en la escala Saffir Simpson, impactó en forma directa -con vientos sostenidos de 250 km/h y rachas de hasta 320 km/h- la isla de Cozumel y la zona turística de Cancún dejando una estela de destrucción a lo largo de muchos kilómetros y provocando la inhabilitación de la zona turística por más de dos meses. Entre los efectos más notorios causados por el huracán, además de las afectaciones en vivienda e infraestructura en las zonas marginales, estuvo la destrucción total o parcial de numerosos hoteles localizados en la zona costera, la destrucción total del 60 por ciento de las playas y la quema de árboles y vegetación por efecto del intenso viento en la zona selvática yucateca. 318 muertos y alrededor de \$5.000 millones constituyeron las pérdidas a lo largo del paso de *Gilberto* por todo el Caribe y el noreste del territorio mexicano.

La lección de *Gilberto* poco sirvió. El quinquenio 1990-1995 es el periodo de mayor crecimiento de la población en la zona y marca el auge en la construcción de hoteles y la apertura de establecimientos de servicios. En ese periodo Cancún se consolidó como el centro turístico más importante del país y uno de los más destacados a nivel mundial. Sin embargo, las políticas de ordenamiento territorial, reconstrucción segura y protección y recuperación ambiental no se vieron por ninguna parte. Se privilegió la venta de lotes de playa a precios atractivos, la reconstrucción artificial de las playas y el desarrollo de infraestructura en la zona hotelera.

*Wilma* acabó de nuevo con la fantasía de los Resort & Spa y hoy hay que encarar un saldo superior a los \$3.000 millones en pérdidas, de nuevo la reconstrucción de las famosas playas de arenas blancas del Caribe mexicano, la reconstrucción del sueño de miles de personas que llegaron con la ilusión de forjarse un patrimonio y la reconstrucción de la imagen de un importante centro turístico cuyas prioridades se centran en estar listos para recibir a miles de turistas en la temporada alta de fin de año. Sin embargo, de hacer planes para recibir al próximo huracán, nada se menciona.



Ciudad de Cancún: zona hotelera y centro.